

HOTEL CALIFORNIA

Por Ramón Valdés Elizondo

A mi mamá, que siempre
ha creído en mis locos
sueños...

“La mente es tierra fértil,
cuidado con lo que
siembras”.

—Ajbeh

Playlist sugerida para leer el libro:

<https://open.spotify.com/playlist/1B2fCUaR5QLVooEvno7otr?si=431711aba53d470c>

EL DESIERTO

Un Mustang negro cruzó la noche del desierto como una centella. Damián acomodó y miró por el retrovisor. Las luces de los sicarios se veían a la lejanía pero había ganado la suficiente distancia para desaparecer; apagó las luces y avanzó lo más rápido que pudo en la oscuridad. El velocímetro marcaba setenta millas por hora. Varias veces salió del camino, pero era un conductor experimentado, soltaba el acelerador, giraba el volante y volvía a acelerar.

Volvió a mirar atrás, sus perseguidores habían ganado distancia, pero sabía que pronto los asaltarían las dudas, era cuestión de minutos para que comenzaran a dudar ¿Se habría desviado en alguna vereda? ¿se habría escondido detrás de una roca o un letrero que no hubieran visto? ¿habría cambiado de carro con otro cómplice?

El truco funcionó, los sicarios se detuvieron en una bifurcación, admitiendo que por segunda vez el ladrón se les

había escapado. Dispararon al aire, llenos de rabia e impotencia.

Damián sonrió y disminuyó la velocidad, el desierto parecía una boca negra, estaba nublado y casi no había estrellas. Estaba empapado de sudor, abrió la ventana y sintió el golpe del aire frío en el rostro. El cabello se le revoloteó y poco a poco el sudor se le fue secando. Lo había logrado, había escapado. *Esta vez por muy poco*, pensó.

Miró el sobre de cuero debajo de su revólver en el asiento del acompañante, estaba manchado de sangre y se preguntó si todo había valido la pena, pagarían una fortuna por su contenido, pero ¿a qué costo?, ¿cuánto valía una venganza? Se limpió con la mano una lágrima que le escurría por la mejilla y volvió a concentrarse, ya habría tiempo para brindar por todos los que habían caído, ahora tenía que ser paciente, pasar algunos días en Baja, después cruzaría en ferry hasta Mazatlán y luego iría por el noreste mexicano hasta Piedras Negras. Sería una vuelta larga, pero regresaría a San Francisco, vendería la información y después se esfumaría para siempre.

El motor de Mustang comenzó a vibrar y a jalonearse. Damián miró el tablero y descubrió que la aguja de gasolina marcaba la reserva. *¿Pero cómo demonios sucedió esto?* Recordó que cuando inició la persecución en Cabo San Lucas, le habían disparado varias veces, ¿era posible que alguna bala hubiera perforado el tanque de combustible?

— ¡Maldita sea! —gritó dándole un golpe al tablero.

Avanzó a cuarenta millas por hora, tratando de ahorrar la mayor cantidad de combustible. El viento era cada vez más frío, pero un olor dulce como a madera vieja se coló por la ventana del automóvil, tardó unos segundos en reconocerlo, pero el aroma era inconfundible: era marihuana. Volvió a verificar el retrovisor, nadie lo seguía, la carretera estaba desierta. Evaluó sus opciones, sabía que no podía pasar la noche dentro del carro, era demasiado arriesgado, lo mejor sería avanzar hasta quedarse sin combustible, luego quemarlo y seguir a pie. Le preocupaba caminar de noche por el desierto, las serpientes de cascabel, las tarántulas y alacranes abundaban por la zona y odiaba aquellas alimañas.

De pronto, como si el aroma a madera vieja lo relajara, sintió un profundo cansancio, había dormido muy poco las noches

anteriores al atraco y el estrés de la persecución estaba cobrándole la factura. Luchó contra el agotamiento dándose pequeñas cachetadas y pellizcos, sentía la cabeza y los párpados pesados. La carretera era angosta y agrietada, era un camino viejo, por lo visto muy poco transitado. Subió una colina y cuando llegó a la cima vio una enorme planicie en la que se podía distinguir un pequeño punto brillante a la distancia. Sus sentidos se pusieron en alerta. Descendió la colina, pasó junto a un letrero de madera desvencijado en el que puso leer:

Hotel a 3 km.

Entrecerró los ojos para poder ver mejor y alcanzó a distinguir lo que parecía la farola de algún tipo de construcción antigua. Damián sonrió, después de todo la fortuna comenzaba a sonreírle, fuera lo que fuera aquel lugar, seguramente podría comprarle a los dueños algo de gasolina y quizá una botella de whiskey o de tequila, pensó en lo bien que le vendría un largo trago alcohol.

El Mustang volvió a jalonearse.

—Vamos negro, aguanta un poco más... —dijo esta vez acariciando el volante.

Con el último aliento, el Mustang lo dejó a unos cien metros de una vieja casona de dos pisos con arcos en la fachada y una balaustrada en la planta alta. No era una construcción particularmente bonita, pero había algo en el conjunto de arcos, muros y balaustres que la daban una esencia misteriosa y atractiva. Del otro lado de la carretera, frente a la casona, había una capilla en ruinas. El techo se había desfondado, pero aún se conservaban la fachada, las paredes laterales y una pequeña torre.

Damián abrió la puerta y descendió del auto. Se metió el revólver en la parte trasera del pantalón y el sobre de cuero en la entrepierna, también cogió un tubo naranja de pastillas y su cajetilla de cigarrillos.

El desierto era silencioso, solo se escuchaba el viento que silbaba a través de los arbustos y las cactáceas además de un perezoso repicar de una campana en la torre de la capilla. La temperatura seguía descendiendo, Damián se frotó los brazos y echó un poco de vahó en sus manos para calentarlas. Su camisa seguía mojada, si no se la cambiaba pronto seguro

pescaría un resfriado y lo que menos necesitaba era estar enfermo. Avanzó hasta la entrada del edificio y miró un letrero derruido y chueco en el que apenas se podía leer:

HOTEL CALIFORNIA

¿Quién construiría un hotel en medio de la nada? Se acercó a una puerta de madera gruesa pero astillada y mal barnizada. No había un timbre o una campana así que la tocó con la mano. Nadie respondió. Tocó una segunda vez con más fuerza, pero nada... ¿Estaría el hotel abandonado? Frustrado se apoyó en la puerta e inesperadamente el cerrojo cedió. El aroma a marihuana mezclado con patchouli que había percibido kilómetros atrás lo recibieron desde la recepción. Damián dudó, había algo en aquel lugar que le causaba escalofríos. Inseguro, dio media vuelta pero antes de que diera el primer paso escuchó:

— ¿Se va tan pronto?

Damián volteó lentamente y miró a una mujer de cabello rubio y rizado parada en el marco de la puerta con un quinqué en la mano. Llevaba un vestido blanco de tirantes y estaba descalza.

—Pensé que el lugar estaba abandonado.

—Mmm, discúlpeme, es que... estaba ocupada —dijo con una sonrisa traviesa.

Damián devolvió la sonrisa evaluando a la mujer: era joven, atractiva, tenía las pupilas dilatadas y los ojos ligeramente rojos. Se movía con parsimonia y su mirada era un poco más persistente de lo habitual.

—¿Hay alguien más aquí? —preguntó Damián tratando de echar un vistazo al interior.

—Pues es un hotel, claro que hay más personas. Por qué no pasa, la noche es fría.

La muchacha dio media vuelta y entró, Damián la miró desvanecerse como un fantasma en la oscuridad. Dudó, se paró en el marco de la puerta tratando de distinguir algo entre la penumbra. Giró y miró su Mustang, luego hacia interior del hotel y una vez más hacia automóvil. Había algo que lo incomodaba, un instinto, una corazonada que le advertía que debía marcharse. El viento frío volvió a soplar estremeciéndole el cuerpo, el agotamiento regresó de golpe, tenía que descansar. Respiró profundamente y concluyó que el lugar no era más que un hotel en ruinas con una anfitriona

drogada y si adentro lo esperaba alguna sorpresa, para eso tenía el revólver.

EL CIELO O EL INFIERNO

Crucé el portal y tardé unos segundos en acostumbrarme a la poca luz de la recepción. Tuve que tallarme los ojos un par de veces para cerciorarme de que no estaba alucinando: a diferencia de la fachada, el interior del hotel era espectacular. El estilo mexicano se había cuidado hasta el más mínimo detalle. Los muebles antiguos contrastaban con cuadros, artesanías y esculturas cuidadosamente seleccionadas. Las paredes de colores claros contrastaban con los pájaros, ángeles, cruces y corazones alados. Había una barra larga de madera labrada que volvía a contrastar con una estantería de color rosa intenso en la que estaban las llaves de las habitaciones, toallas y frazadas escrupulosamente acomodadas. Conté treinta y dos habitaciones. En toda aquella galería de buen gusto solo había una fotografía que no

encajaba, a un costado de la recepción, junto a una repisa con quinqués de aceite, se exhibía en un marco de madera apolillada la fotografía a blanco y negro de una familia de rasgos asiáticos, el hombre llevaba un traje claro y tenía el cabello relamido, la mujer usaba un vestido largo y liso, y llevaba un bebé en los brazos. Los acompañaban seis niñas formadas por estaturas.

La recepcionista, notó mi interés en la fotografía y dijo:

—No puedo creer que todos los huéspedes se fijen en esa espantosa fotografía.

—Bueno, es un punto negro entre toda esta decoración.

—Y mil veces he querido quitarla y por alguna razón siempre lo olvido —la muchacha miró la foto con desgano y dijo: —
Al final el hotel les debe mucho.

—¿Trabajan aquí?

La muchacha volvió a sonreír, esta vez con una mueca irónica.

—Lo hicieron... Pero bueno, basta de historias que este hotel guarda muchas y seguro usted viene cansado, así que déjeme darle la bienvenida y llevarlo a su habitación.

La muchacha se alisó el vestido y dijo con teatralidad:

—Bienvenido al Hotel California, un lugar encantador, sin importar cuando nos visite, siempre lo estará esperando su habitación.

Levanté una ceja mientras fruncía la otra.

—¿Esa es su bienvenida?

—Así es señor y estamos para servirle.

La chica volvió reír.

La observé con más detenimiento, era verdaderamente hermosa, tenía una risa desparpajada de dientes marfilados, las mejillas sonrosadas, en su cabello se formaban bucles rebeldes y dorados que le llegaban hasta los hombros y que resaltaban sus ojos color miel. Era difícil despegarle la mirada y por lo visto la chica lo sabía.

—Muy bien señor...

—Sinclair

—Señor Sinclair...

—James Sinclair

La chica torció una sonrisa.

—Claro, claro, señor Sinclair. Por favor solo firme aquí y le asignaré su habitación.

Firmé como J. H. Sinclair, identidad que había utilizado para el atraco y por costumbre saqué el pasaporte para identificarme.

—Señor Sinclair, ¡No hay necesidad! En el Hotel California respetamos la privacidad de nuestros huéspedes. ¿Tiene equipaje?

—Solo el que llevo puesto.

La chica me miró de arriba abajo, hizo una mueca de indiferencia, cogió un quinqué y me dijo:

—Muy bien señor Sinclair, lo llevaré a su habitación.

La seguí guardando cierta distancia. Sentía el metal frío del revólver en la parte trasera de mi pantalón, el sobre de cuero en mi entrepierna, el tubo de pastillas y los cigarros en las bolsas de mis jeans; en efecto llevaba todo el equipaje que necesitaba.

La rubia atravesó la recepción y salió por una puerta que conducía a un patio interior. Cada detalle del jardín también había sido cuidado con esmero, parecía un rincón del Edén. En el centro había una fuente de sirenas de cuyos abultados senos salían chorros de agua que caían en las bocas de

extraños peces. Había bancas de colores y macetas en formas de calaveras. A un costado del patio había otro pasillo flanqueado por arcos por el que pasamos junto a una puerta de madera y herrería que tenía un letrero metálico con la leyenda: “Cantina el infiernito”. Seguimos, noté que en las paredes había cada cierta distancia unos candeleros de metal en forma de serpientes o dragones pero que estaban apagados, pasamos junto a otra puerta con el letrero “Comedoría” y después junto a unas escaleras amplias con otro letrero con decía “Salón Principal”.

La chica notó mi interés y me dijo:

—El segundo piso es la única parte del hotel que no está abierta a los huéspedes, está reservada.

Salimos del jardín y continuamos por un largo y sombrío corredor, a la mitad del recorrido pasamos por un mural que no pude apreciar debido a la penumbra, y justo a la izquierda, frente al mural, había una bifurcación con otro corredor.

—Su habitación, está al fondo. Es la número veinte.

La rubia avanzó por este nuevo pasillo que era aún más oscuro que el anterior y en el que habían puertas de habitaciones a los costados. Yo caminaba a cierta distancia y de pronto me

pareció que seguía a un fantasma que iba iluminando las tinieblas con el quinqué, el vestido le llegaba hasta los tobillos y sus pies descalzos parecían flotar. Cuando íbamos a la mitad del pasillo, sentí que la temperatura descendía y aunque fue por un instante, escuché que desde los resquicios de las puertas que me rodeaban salían susurros que repetían:

Bienvenido

Bienvenido

Bienvenido.

Me detuve y pregunté:

—¿Qué fue eso?

—¿Qué fue qué? —Contestó la rubia sin mucho interés.

—Las voces.

—¿Las voces?

—Eso dije, las voces.

La chica torció los labios, me miró como si no comprendiera hasta que dijo:

—¿Posiblemente otro huésped?

—No, eran varias voces que hablaron al mismo tiempo, era como si el sonido saliera por debajo de las puertas.

—¿Por debajo de las puertas? —dijo la muchacha inclinando la cabeza hacia un costado y levantando una ceja.

En el momento me percaté de lo absurdo que debí escucharme, estábamos en un hotel, era natural que hubiera más personas, además estaba muy estresado, era posible que mis nervios me estuvieran jugando otra mala pasada, lo mejor era ir a la habitación, tomarme la pastilla y descansar.

—No es nada, debí haberlo imaginado —respondí.

La muchacha se encogió de hombros y siguió caminando. Llegamos al final del segundo pasillo hasta mi habitación, noté que los números de cada habitación eran diferentes, unos eran de metal, otros pintados en las puertas, otros con decoraciones barrocas o con flores. La habitación veinte tenía números más sencillos, solo un dos y un cero labrados en la madera.

La muchacha dio media vuelta y sin importarle mucho el espacio personal, se me acercó, y sin despegarme la mirada cogió mi mano y me puso sobre la palma una llave antigua de dos dientes, sonrió y me dijo:

—Esta es su habitación señor Sinclair. Que tenga una maravillosa estancia. Ah, y si necesita algo, llámame, estaré por allá...—señaló con un gesto que mezclaba pereza y cierta sensualidad hacia la recepción.

La vi alejarse por el pasillo y cerré la puerta. ¿Dónde demonios me había metido? Un hotel de lujo en medio de la nada, una recepcionista hermosa coqueteándome, ¿y las voces en el corredor? Todo parecía un sueño. Estaba agotado, lo que realmente necesitaba era lavarme, tomarme la pastilla y dormir.

Prendí la luz y caminé por la habitación, era amplia y también estaba perfectamente decorada. Las paredes eran lisas y rojas color ladrillo, el piso era de mosaicos pintados a mano que formaban un tapete de guirnaldas frente a la cama. Había una mesa circular con dos sillas forradas de terciopelo, un tocador de madera tallada con figuras de hojas y flores en las esquinas. La pared que daba al fondo tenía una ventana de techo a piso flanqueada por dos muros con fotografías enmarcadas. Entre esa pared y la mesa de las sillas de terciopelo, había un ropero de dos puertas de cristal con artesanías, una máquina de

escribir oxidada y algunos libros viejos. La cama era *queen size* y tenía una cabecera de herrería retorcida que formaba extraños nudos. Junto a la cama había dos mesitas, una en cada costado. La de la derecha tenía un teléfono antiguo de color rojo y la otra una lámpara en forma de catrina con una sombrilla. Abrí la puerta del baño, era una habitación de forma irregular que tenía en el centro una bañera antigua con una regadera formada con un tubo de cobre que salía del piso, subía dos metros y se torcía como un garfio. El piso era también de mosaico, con figuras azules y redondeadas, las paredes eran grises salvo la frontal que tenía un color azul celeste y estaba tapizada por cientos de pequeñas esculturas de peces de barro negro, todos mirando hacia la derecha excepto uno que miraba en sentido contrario. En una esquina estaba el lavabo, también antiguo, tenía forma de molcajete y estaba acompañado de un espejo oval con un marco de madera tallada con motivos florales.

Giré la llave y la tubería vibró ronca y repetidamente antes de permitir el flujo del agua. Primero salió un chorro marrón que poco a poco se fue aclarando hasta que el agua se hizo cristalina. Me limpié la cara y me sequé con una toallita con

bordados de colores, pero evité ver mi reflejo en el espejo, no quería mirarme y menos sin haberme medicado.

Regresé a la habitación, dejé el sobre de cuero en el cajón del buró que tenía la figurilla de la catrina con una sombrilla y el revólver bajo la almohada. Las piernas y los brazos me dolían, el estrés de la persecución estaba cobrando sus facturas. Apagué las luces y la habitación quedó iluminada solo por la sombrilla de la catrina. Me dejé caer sobre la cama. Las sábanas eran suaves y el colchón confortable. Estiré el brazo y apagué la lámpara. Todo quedó oscuro y en silencio, solo podría escuchar mi respiración.

Lo había logrado, pese a todo, lo había logrado. Cogí el tubo naranja, saqué una pastilla y la mastiqué; de inmediato su sabor me llenó la boca, dejé que el amargor me invadiera mientras imaginaba el rostro de Antoine Miller cuando sus sicarios regresaran para decirle que me había escapado. Me complacía imaginar su rabia, sus desplantes iracundos y amenazas. Era justo lo que merecía ese bastardo, ahora estaría sintiendo la impotencia de perder algo y no poder hacer nada para recuperarlo. No era momento de pensar en todo lo que había costado mi venganza, para eso había masticado la

pastilla, para evitar que mi mente pensara demasiado, palpé el sobre de cuero en el cajón, sabía que ni toda esa fortuna podría sanar el dolor de todo lo que había perdido, pero me insistí, no era momento de pensar, ya mañana resolvería el asunto de la gasolina, ya mañana tendría tiempo para disfrutar el agri dulce sabor de la venganza, ahora debía cerrar los ojos y descansar. Crucé los brazos atrás de la nuca, poco a poco comencé a sentir el efecto de la pastilla, caía despacio en esa complaciente frontera entre la vigilia y el sueño, estaba quedándome dormido, cuando un nuevo susurro, uno que escuché a centímetros de mi oído derecho me hizo saltar de la cama:

Bienvenido...

Cogí el revólver y apunté hacia la oscuridad intentando descubrir quién había entrado en la habitación. Respiraba agitadamente luchando por mantenerme alerta, pero poco a poco mis ojos se fueron acostumbrando a la penumbra para confirmarme que la habitación estaba vacía.

¡SALVATE TÚ!

El salón ardía. El humo denso y negro llenaba cada rincón. Damián no podía respirar, sentía los pulmones saturados y ardientes.

—¡Raquel! —dijo con voz ronca, casi afónica. —¡No te separes!

La sujetaba de la mano y con la otra se tapaba la boca tratando de evitar respirar el humo. Los dos se arrastraban. El techo crujía. Damián no había levantado la mirada, pero cuando lo hizo miró con horror que el techo ardía como un mar de fuego.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Hay que salir de aquí!

Raquel casi no se movía. Trataba de avanzar pero las fuerzas la abandonaban.

Damián la jaló con fuerza, pero avanzaban muy despacio. El techo volvió a crujir. Damián la sujeto con las dos manos en un último intento por arrastrarla, pero antes de que pudiera

moverla, una viga envuelta en llamas se desplomó y cayó justo sobre la espalda de Raquel.

—¡Nooo! ¡Raquel!

Damián trató de empujar la viga pero las llamas le quemaban las manos. Raquel intentaba moverse pero no tenía fuerza si siquiera para quejarse, solo hacía gemidos cortos y afónicos mientras la piel se le quemaba.

—¡No, por favor! ¡No!

Damián trató de empujar la viga con los pies, pero era inútil, la madera era demasiado pesada.

—¡Raquel! ¡Raqueel!

Su esposa se había quedado inmóvil tendida boca abajo mientras decenas de pequeñas brasas le devoraban el cabello.

—Damián —dijo en un hilo de voz.

Pero Damián no escuchaba, luchaba con todas sus fuerzas para empujar la viga con los pies.

—Damián... —repitió la voz que salía debajo del cabello quemado y humeante.

Damián, sorprendido dejó de patear la viga. Raquel deslizó su mano ennegrecida hasta tocarlo.

—Tienes que escuchar.

Damián titubeó y se acercó lo más que pudo. Raquel levantó la cara, tenía las mejillas y las cejas chamuscadas, los labios descarnados y un derrame que le había dejado el ojo izquierdo completamente rojo. Damián se estremeció, horrorizado escuchó la voz de su mujer con una claridad incongruente a su deplorable aspecto.

—Damián, tienes que huir.

—No, ¡Nunca! ¡Te voy a sacar! ¡Te voy a sacar! —dijo mientras comenzaba a patear la viga otra vez.

—Damián tienes que salir de este lugar.

—No, ¡No lo haré!

La imagen cambio y de pronto Raquel estaba parada en la puerta del hotel en medio del desierto, su cuerpo seguía quemándose e iluminaba la penumbra. Le sonrió con el rostro chamuscado y le dijo:

—Tienes que irte y salvarte mi amor, recuerda... Yo ya estoy muerta.

ATRAPADO

Abrí los ojos empapado en sudor.

Había amanecido, los rayos de luz se filtraban por la ventana e iluminaban la penumbra con pereza. Aun sentía el corazón retumbándome en el pecho. Me senté y me cubrí la cara con las manos. Por mis mejillas escurrían gotas de sudor mezcladas con lágrimas. Me levanté y busqué en el buró las malditas pastillas, una no había sido suficiente, la tensión del día anterior seguramente me había disparado los nervios y la dosis no había alcanzado para neutralizar mis recuerdos. Solo cuando me drogaba, las pesadillas desaparecían, pero cada vez necesitaba más y más pastillas para olvidar.

Habían pasado casi dos años desde aquella noche, desde aquel infame baile que me había arrebatado lo que más amaba en la vida. Miré el sobre de cuero dentro del cajón y pensé: ¿en qué me había convertido? ¿En un ladrón? ¿En un asesino? La venganza había sido el pretexto para liberar a los demonios

que traía encerrados en el pecho, pero cada noche, irremediablemente tenía una cita con el purgatorio de mis recuerdos.

Destapé el tubo naranja y mastiqué otra pastilla. El sueño había sido tan intenso, mi desesperación tan real, que no quería tener la imagen del rostro de Raquel carbonizado rondando por mi cabeza por el resto del día.

Me levanté de la cama y caminé hasta el baño. Me metí en la bañera y abrí la llave. Al igual que el lavabo, la tubería vibró y de la regadera salió un chorro de agua fría y marrón que me hizo estremecer. Respiré rápidamente tratando de regular mi temperatura, pero a los pocos segundos la tubería dejó de vibrar y el agua fluyó clara y tibia. Me quedé inmóvil dejando que el chorro me confortara, necesitaba aquel abrazo, sin importar de donde viniera. Me gustaba la sensación de desasosiego que me generaban las pastillas, podía cerrar los ojos y no ver nada, no recordar nada, era como si de pronto mi mente fuera un libro cerrado en un abismo infinito y silencioso.

Pasaron cinco, o veinte o quizá sesenta minutos, antes de que regresara a la realidad. Abrí los ojos y miré la pared que tenía

de frente. ¿Los pescados de barro habían cambiado de dirección? Podía jurar que la noche anterior todos excepto el del centro miraban hacia la derecha, y ahora todos lo hacían en sentido contrario. Me froté la cabeza seguro de que el cansancio me había confundido. Salí de la bañera y caminé desnudo hacia el lavabo dejando que el agua se escurriera por mi cuerpo. Ahora que había tomado la pastilla podía mirar mi reflejo sin temor, limpié el espejo con la mano y me quedé observándome. Estaba ojeroso y con la barba crecida. Me peiné con los dedos y pensé que me urgía un corte, el cabello me llegaba hasta los hombros.

Salí del baño, me enfundé los jeans, me puse la playera que todavía estaba un poco mojada y antes de ajustarme el cinturón me metí el sobre de cuero en la entrepierna, el revolver atrás, y las pastillas y cigarros en las bolsas de enfrente.

—Al carajo de aquí —dije en voz alta.

Salí por el corredor. Ahora que era de día podía apreciar mejor la decoración. Entre cada habitación había pequeños nichos con figuras artesanales, cada puerta estaba pintada de un color diferente que combinaba con los números clavados en cada

puerta. Una puerta de color amarillo tenía el número de habitación en talavera azul, la siguiente puerta era verde esmeralda con su número tallado en piedra blanca. Seguí caminando mirando cada puerta hasta que llegué a la habitación número seis. Era roja con los números cero y seis entrelazados y hechos de barro negro, noté que estaba entreabierta, por curiosidad miré de reojo y vi a una mujer en ropa interior que se peinaba frente a un espejo. Tenía la piel morena clara, un corte de cabello estilo *long bob* y usaba lencería negra de encaje. Cuando me descubrió, sonrió ligeramente y siguió peinándose. Yo devolví la sonrisa, recordé por algún motivo los susurros de la noche anterior, encogí los hombros y seguí caminando.

Cuando llegué al final del pasillo pude observar el mural que la noche anterior no había podido. La obra era bella pero a la vez perturbadora, tenía un estilo que imitaba asombrosamente al pintor mexicano Diego Rivera, era un paisaje colonial con casas blancas de techos de teja roja, por una calle empedrada corrían unas niñas disfrazadas con máscaras detrás de un perro. A primera vista la escena parecía inofensiva, solo niñas divirtiéndose en una estampa clásica de las provincias

mexicanas, pero al observar con más detenimiento se notaba miedo en la expresión del perro. Dos niñas, una con una máscara de quetzal y otra con máscara de iguana le aventaban piedras y una tercera con máscara de tlacuache blandía un palo de piñata. El resto de la escena era confusa, pues había hombres y mujeres a la distancia en lo que parecía una fiesta, bebían y bailaban completamente indiferentes a la persecución.

El mural que a primera vista me había parecido bonito, me fue provocando una sensación de ansiedad, podía sentir el miedo del perro y la crueldad de las niñas enmascaradas, apenas horas antes yo había estado en una situación similar a la retratada, yo era el perro y las niñas, los sicarios de Antoine Miller. Chasqué los labios y seguí hacia la recepción. El hotel era hermoso pero a la vez extravagante, había algo retorcido detrás de todo ese estilo lujoso y sofisticado. Lo mejor sería marcharme, buscaría a la rubia y... *¿cómo se llamaba la rubia?* En ese momento caí en cuenta que no sabía su nombre, en realidad nunca se había presentado. Me volví a encoger de hombros, poco importaba como se llamara, lo único que quería era comprarle un poco de gasolina y largarme de ahí.

Salí del corredor y rodeé el patio, de día era aún más bello que de noche. Habías flores de colores en macetas de barro. Estatuas cubiertas por enredaderas y arbustos. Sillas y mesas de herrería bajo árboles que proporcionaban una sombra porosa por la que se filtraban los rayos del sol. La fuente de las sirenas tenía un moho que le daba un toque antiguo y misterioso. Era un lugar seductor que invitaba a quedarse. Noté que había un hombre alto y delgado haciendo el jardín con un azadón de metal. Vestía con un impermeable gris, la capucha le cubría parcialmente el rostro pues solo dejaba a la vista una barba canosa y descuidada que cubría unas mejillas de piel negra curtida por el sol.

Lo saludé, pero el hombre no respondió, siguió podando el arbusto, sin ni siquiera mirarme. Desde ese punto pude ver que del otro lado del patio había un edificio con un letrero que decía: Biblioteca. Dejé atrás al hombre del impermeable y entré a la recepción, pero estaba vacía. Noté que había una campanita sobre la barra, el mango tenía la forma de una serpiente emplumada, la hice sonar un par de veces, pero nadie respondió.

Asomé sobre la barra y descubrí que había una puerta que conducía a otro cuarto, parecía una pequeña oficina, pero que también estaba vacía. ¿Dónde estaría la rubia? Caminé por la recepción y asomé por una ventana que daba hacia la carretera. De pronto la sangre se me congeló; ¡El Mustang! ¡El Mustang estaba a plena vista! Estaba estacionado junto a la carretera frente al hotel. *¡Pero que estúpido soy!* Tenía que salir de inmediato a empujarlo y esconderlo. Traté de abrir la puerta pero estaba cerrada. Forcejeé un par de veces pero la puerta no abrió.

—¿Hola? ¿Hay alguien aquí?

Nadie contestó.

—¡Hey! ¿Alguien escucha? ¡Necesito salir!

Fui hacia las ventanas pero estaban protegidas con herrería, luego regresé a la puerta y comencé a golpearla, primero con las palmas de las manos luego con el hombro. La madera era firme, crujía, pero no cedía.

—¡Hey! ¡Necesito salir! ¡Abran esta puerta!

Caminé de ida y vuelta por la recepción como un león. Crucé la barra y busqué en las repisas y cajones. Intenté abrir con las llaves de las habitaciones pero ninguna funcionó. Entré a la

oficina, revolví papeles, abrí más cajones, pero no había más llaves.

Me detuve a pensar, si la puerta estaba cerrada debía encontrar otra manera de salir. Salí de la recepción y regresé al patio, caminé hacia la fuente de las sirenas y miré el perímetro. La construcción era muy alta y no se veía un lugar por dónde trepar. Sentí una repentina ansiedad, tenía que salir, los matones de Antoine Miller estarían buscándome en cada rincón y bajo cada piedra de Baja California. Lo que le había robado era más que una gran fortuna, le había robado su prestigio, le había demostrado a todos sus rivales que el gran mafioso que controlaba el noroeste mexicano y el sur de California y Arizona, era vulnerable.

Miré las escaleras que conducían al segundo piso y pensé que si lograba subir hasta el techo quizá desde ahí podría saltar y salir, ¿pero y la gasolina? ¿Cómo cruzaría el desierto?

—¡Maldita sea! —grité.

Era increíble, pero por dentro el hotel era una prisión.

Seguí caminando de un lado a otro, pensando la manera de escapar hasta que escuché el claxon de un auto, luego risas y voces que venían desde la recepción.

¡Alguien había llegado al hotel! Sin pensarlo, crucé el jardín corriendo.

GASOLINA

Regresé a la recepción y encontré a la rubia despidiéndose efusivamente de alguna persona, la chica volteó y al verme entrar sonrió. Tenía un vestido floreado de tirantes un poco flojo que le caía por enfrente y que dejaba ver un poco más allá de su escote. Intenté no bajar la mirada, pero los ojos me traicionaron, fue solo un vistazo, pero el suficiente para que ella fingiera recato y se levantara el vestido.

—¿Está todo bien, señor Sinclair?

—Necesito comprar gasolina.

—¿Gasolina? Bueno creo que si mira detenidamente este lugar es un hotel —contestó en un tono bromista y burlón.

Respiré antes de volver a preguntar. Por lo visto a la rubia le gustaban los juegos, pero yo no tenía tiempo, tenía que irme de México y buscar la seguridad de los Estados Unidos cuanto antes.

—Pensé que podrían tener gasolina guardada en bidones. El hotel está en medio de la nada y eso resultaría conveniente tanto para ustedes como para sus huéspedes.

—Bueno, nuestros clientes nunca se han quejado, supongo que son previsores y respondiéndole, no, no tenemos gasolina guardada, solo la que necesitamos para ir al pueblo a hacer las compras.

—Podría venderme un poco de esa gasolina, solo necesitamos un manguera y un cubo.

La rubia inclinó la cabeza alargando el momento de contestar. Notaba que tenía prisa y disfrutaba de mantenerme al filo, quizá quería saber cuánto tiempo aguantaría antes de acabar con mi falsa paciencia.

—Mmmmm, lo siento... Acabamos de regresar del pueblo y solo tenemos la gasolina suficiente para ir a recargar. Si le vendiera unos cuantos litros nos quedaríamos sin la posibilidad de salir, y como usted lo dijo estamos en medio de la nada... ¿Se imagina si sucediera alguna urgencia?

“Alguna Urgencia, maldita sea, el que tiene la urgencia soy yo, ¡Me quieren matar!”

Volví a respirar profundamente y la rubia me volvió a sonreír.

—Podrían ir al pueblo a cargar gasolina, necesito seguir mi camino, tengo que llegar a mi destino, me están esperando y es muy importante que esté a tiempo.

—¿En serio? No me lo ha contado, ¿a dónde va?

—Tengo que ir a la Paz

—A la Paz, mmmm si aún está lejos, y a ¿qué va para allá?

—Es un asunto personal

—Personal... Que misterioso es usted señor Sinclair. ¿Pero por qué la urgencia es algo grave?

—¡Maldita sea! —dije dando un puñetazo a la barra de la recepción.

La rubia dio un salto hacia atrás del susto, me miraba con los ojos muy abiertos y sin despegarme los ojos buscaba a tientas algo en los estantes detrás de la barra, cuando al fin lo encontró, levantó con las dos manos unas tijeras metálicas.

—Disculpa, disculpa —dije mostrándole las palmas de las manos. —No era mi intención asustarte.

La rubia retrocedió si dejar de apuntarme con las tijeras, yo di un pequeño paso al frente y dije:

—Por favor, discúlpame, de verdad no quería asustarte... En realidad necesito irme.

La rubia se quedó inmóvil apuntándome, yo levanté aún más las manos, en el fondo tenía ganas de arrebatarse las tijeras, quitarle las llaves del auto y largarme de ahí, pero no podía seguir llamando la atención. Bastaba con que un par de matones me estuvieran buscando como para que también lo hiciera la policía. Sabía que había cometido un error y era el momento de enmendarlo, bajé la mirada y sonreí amargamente antes de decir:

—En realidad necesito tu ayuda...

La rubia me observó, ladeó ligeramente la cabeza antes de bajar lentamente las tijeras.

—Aunque quisiera no puedo ayudarlo señor Sinclair.

—Solo necesito que alguien me lleve a comprar gasolina y regresaremos al hotel. —Saqué mi billetera y puse dinero sobre la barra. — Les pagaré quinientos dólares por ese favor.

La rubia miró los billetes y contestó:

—Eso es mucho dinero por un poco de gasolina, pero en realidad no puedo ayudarlo. No tenemos por el momento vehículos en el hotel.

—¿Pero si me acabas de decir que solo tienen gasolina para una emergencia?

—Si, si, pero momentos antes de que usted entrara a la recepción me despedía de Fabiano, un querido amigo que se llevó el auto para repararlo, no regresará al hotel hasta mañana.

—¿Hasta mañana?!

—De verdad lo siento...

—¿Y no hay otro huésped en el hotel que tenga un vehículo?

—No que yo sepa.

—Vi a una muchacha en la habitación seis.

—Ah sí, ella...

—¿Y bien?

—Ella tiene algún tiempo hospedada aquí.

¿Algún tiempo hospedada aquí?, me pregunté en silencio.

—¿Y no tiene auto?

—No, vino en el autobús.

—¿Pasa un autobús por aquí?

—Si pasa todos los días alrededor de las seis de la tarde.

—¿A las seis! Demonios... Falta todo el día para eso. ¿Y los empleados del hotel?

—¿Qué hay con ellos?

—¿Cómo vienen y se van?

—Vienen y se van en el autobús...

—¿Y qué tan lejos está el pueblo de aquí?

—A unos sesenta kilómetros.

—¡¡Maldita sea!!

La rubia volvió a dar un brinco hacia atrás y levantó las tijeras.

Esta vez la ignoré, traté de calmarme y pensar, caminé y miré por la ventana.

—¿No podríamos llamar a alguien en el pueblo?

La rubia frunció el ceño.

—Señor Sinclair, no tenemos teléfono en el hotel.

—Pero si en mi habitación hay uno.

—Ah sí... pero solo es parte de la decoración.

—¿Quién carajos tiene un teléfono solo de decoración? — pregunté sin esperar respuesta.

Di algunos pasos en la habitación, miré por la ventana y dije:

—Pues parece que tendré que esperar. ¿Podría al menos abrir esta puerta?

La muchacha bajó las tijeras y lo miró desconcertada.

—¿Abrir la puerta?

—Si, abrir esta puerta —dije señalándola con las dos palmas abiertas.

—Señor Sinclair, la puerta siempre está abierta.

La rubia dejó las tijeras en la barra y caminó hasta la puerta y jaló la manija. La puerta se abrió casi con pereza, dejando que la claridad del día alumbraba la penumbra de la recepción.

Con temor, no quería otra alucinación, no quería volver a sentir mi cuerpo cundido de lodo, sangre y alimañas.

— ¡Demonios! ¡No soy un puto cobarde! — grité.

Me levanté, entré al baño, abrí la llave y cerré los ojos. Como siempre, las tuberías vibraron. Escuché el chorro de agua salir del grifo, cuando supuse que el agua turbia había pasado, junté las manos y me eché varias veces agua en la cara, respiré... y abrí los ojos.

Ahí estaba mi reflejo, desalineado, con el cabello revuelto, ojeroso y con una cortada arriba de la ceja derecha, pero no había gusanos, ni ciempiés, ni sangre, ni fantasmas en el reflejo.

Volví a respirar, esta vez más profundamente.

Llevaba días con la misma ropa, me sentía sucio. Miré hacia la bañera. Abrí la llave, la tubería también vibró, salió un poco de agua turbia pero se aclaró casi al instante. Me metí con todo y ropa, dejé que el agua fría terminara de despertarme. Tomé

un jabón y me tallé el cuerpo y la ropa, primero despacio, casi reconociéndome, pero después comencé a enjabonarme con más fuerza hasta que perdí el control. Me tallaba frenéticamente, trataba de limpiarme el miedo, la impotencia, el odio, la revancha y las culpas. Cuando me di cuenta estaba sentado con la cabeza entre las rodillas llorando.

—Perdóname Raquel, perdóname... —repetía entre sollozos.

Las pastillas podían aliviar las pesadillas y alucinaciones, pero no podían borrar mi pasado y yo cargaba sobre el alma recuerdos tan dolorosos, que no había droga que me pudiera hacer olvidar.

